



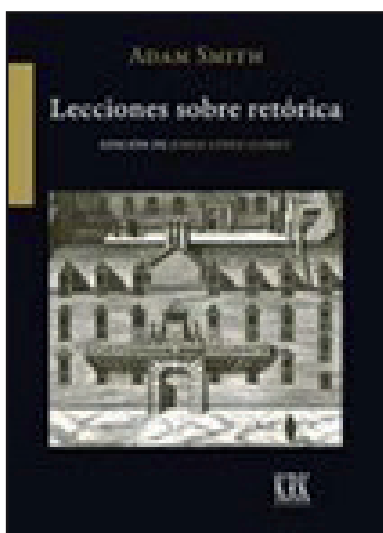
## Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 28 (2022)

Adam SMITH (2021), *Lecciones sobre retórica*, Oviedo, KRK Ediciones (Pensamiento 55), 759 pp. Traducción, introducción y notas de Jorge López Lloret.



A partir de la segunda mitad del siglo XVIII la llamada Escuela Escocesa o de Edimburgo adquirió extraordinaria relevancia en el ámbito científico y humanístico de toda Europa. Por su intensa vida intelectual, Edimburgo fue conocida como la Atenas del Norte de Europa. En efecto, durante esta época brillaron numerosos especialistas en Filosofía (Hutcheson, Hume, Reid...), Psicología, Historia, Economía (Smith, Mill...), Antropología, Sociología o Retórica, entre otras muchas disciplinas científicas y humanísticas. Concretamente en el ámbito de la Retórica obtuvo una gran difusión la obra de Hugh Blair, *Lectures on Rhetoric and Belles Lettres* (1783), vertida a numerosos idiomas: en España, gracias a la traducción de José Luis Munárriz, se convirtió en texto oficial para la enseñanza de Retórica durante una parte del siglo XIX.

Quizá el éxito alcanzado por Blair, unido al hecho de que Adam Smith (uno de los miembros más destacados de esta Escuela) haya sido conocido sobre todo como padre de la economía moderna, ha contribuido a que apenas tengamos información sobre sus ideas retóricas: a menudo se olvida que fue un filósofo interesado en muy diversas materias (ética, política, jurisprudencia, sociología, historia de la ciencia...). A esto hay que añadir su decisión de que, tras su muerte, se quemaran muchos de sus escritos, lo que nos ha pri-

---

vado de conocer en su totalidad su pensamiento. Afortunadamente, gran parte de sus ideas retóricas se han podido rescatar a partir de las notas tomadas por sus discípulos: en 1958 John Maule Lothian encontró una serie de apuntes provenientes de las clases que impartió Adam Smith entre 1748 y 1763 en Edimburgo y en Glasgow, y que publicó en 1963 con el título de *Lectures on Rhetoric and Belles Lettres*, de la que se han hecho posteriores ediciones.

Gracias a la impecable traducción al español, al abundante aparato crítico y a las atinadas observaciones llevadas a cabo por el profesor Jorge López Lloret en una bella y cuidada edición, tenemos hoy a nuestro alcance esta importante obra que sin duda alguna nos proporciona una mayor información de una de las facetas menos conocida de Adam Smith, además de enriquecer considerablemente la historia de la retórica occidental.

No podemos pasar por alto el arduo trabajo que ha supuesto para López Lloret la edición de estas *Lecciones*... Aunque basado en ediciones recientes en inglés (además de traducciones portuguesa e italiana), ha tenido que reconstruir en gran medida el pensamiento del autor y conjugarlo con las anotaciones tomadas por sus alumnos (que aparecen entre corchetes, precedidas de una letra mayúscula que indica su autoría). Asimismo encabeza cada lección con un resumen de los temas tratados, lo que supone una inestimable ayuda para seguir la obra. Completa la información con numerosas notas y un apartado bibliográfico.

Las *Lecciones de Retórica* de Adam Smith se nos ofrecen en dos volúmenes: el primero, que integra desde la lección II hasta la XV (la lección I, que debió tener un carácter introductorio, se ha perdido), se refiere a cuestiones de comunicación en general (sobre la claridad en el lenguaje, su origen y progresos, sentencias, figuras y tropos, composición, reglas sobre la descripción...) que, en casi todos los casos se aplican, tanto a la lengua inglesa como a escritores ingleses (Swift, Addison, Lord Shaftesbury...), sin olvidar a los clásicos. El segundo volumen (que recoge las lecciones XVI hasta la XXX), aunque comienza refiriéndose a los textos históricos y a los historiadores, así como a la Poética y concretamente, a la teoría del drama, trata fundamentalmente sobre los distintos tipos de discurso: demostrativo, deliberativo y judicial. En estos capítulos hace mayor referencia a autores clásicos como Demóstenes y Cicerón.

Tratemos ahora del significado y el alcance de estas lecciones. Indica López Lloret que no estamos ante una obra acabada, sino ante un *work in progress*, un trabajo que se va configurando a lo largo de toda su trayectoria como profesor, tanto en Edimburgo como en Glasgow, y evoluciona al mismo ritmo que su pensamiento, por lo que puede considerarse, a juicio del editor, como «el resultado de un proceso abierto» (p. 29). Sugiere, además, que las ideas retóricas de Adam Smith están presentes y pueden rastrearse en sus obras más conocidas: solo a modo de ejemplo señala que sus nociones sobre retórica demostrativa aparecen en *La teoría de los sentimientos morales*, o las de retórica deliberativa en *La riqueza de las naciones*. Si bien las lecciones que impartió sobre retórica se publicaron con el título de *Lectures on Rhetoric and Belles Lettres* (idéntico al del conocido manual de Blair), López Lloret ha optado por eliminar la alusión a las «bellas letras» porque piensa que no responde al sentido de la obra (de hecho en su mayor parte está dedicada a la Retórica mientras que las alusiones a la Poética son escasas), por lo que ha preferido mantener el título que figuraba en el manuscrito: *Lectures on Rhetoric*.

Pero volvamos al contenido y al desarrollo de la obra, sobre todo para indicar los aspectos en los que Smith se detiene con más frecuencia. Es cierto que en algunos momentos la lectura de este tratado nos produce una impresión de cierto desorden: encontramos algunas reiteraciones de ideas, digresiones interrumpidas que se retoman en lecciones posteriores... No olvidemos que las *Lecciones de Retórica* de Smith proceden de notas

---

tomadas en clase por los alumnos (algo que ya ha ocurrido con otros tratados muy conocidos, como el *Curso de Lingüística General* de Saussure), lo que supone para el traductor y editor un esfuerzo muy notable de sistematización. Pero esta dificultad (bien resuelta por López Lloret) en modo alguno actúa en menoscabo del interés que plantea la obra. Incluso a través de estos apuntes de clase podemos vislumbrar que Smith fue un buen profesor, si tenemos en cuenta esos resúmenes, definiciones, reiteraciones y ejemplos que tomaron los alumnos durante sus cursos. Debemos consignar además que todas estas lecciones tienen un carácter eminentemente práctico: observamos que Smith demuestra en toda la obra un interés primordial por los destinatarios; en gran medida, el receptor (lectores, estudiosos...) se convierte en el gran protagonista de sus ideas retóricas.

Sin ánimo de ser exhaustivos, indicaremos algunos de los temas que consideramos esenciales: su concepto de estilo, su postura respecto a los clásicos grecolatinos y su idea del progreso de los pueblos, lo que implica una consideración superior por su parte de las lenguas y los autores modernos (con especial referencia a la lengua y a los autores ingleses). Nos detendremos además en algunas cuestiones de poética que, de manera ocasional, recoge en algunas de sus lecciones.

A lo largo de toda la obra, Smith insistirá frecuentemente en uno de sus temas clave: la noción de estilo y su dependencia tanto del carácter del escritor como de las circunstancias que concurren en su época. Afirma que «el estilo de un autor es como su carácter» (VII, p. 174) y deberá «expresar el pensamiento, el alma y la mente del autor» (IV, p. 128). Por ello, «la perfección del estilo consiste en expresar de la manera más concisa, apropiada y precisa el pensamiento de un autor, haciéndolo como mejor convenga al sentimiento, pasión o emoción con los que está afectado [...] y que trata de comunicar al lector» (XI, p. 217). A este respecto conviene recordar que ya desde el siglo XVII, numerosos tratadistas ingleses (y muy especialmente los que pertenecían a la Royal Society) propugnaban la necesidad de emplear un estilo sencillo (caracterizado por la sobriedad, la concisión y la brevedad expresiva) con el que se podría configurar un «estilo científico» y contribuir al perfeccionamiento de la lengua inglesa (cuestión que Smith trata en muchas de sus lecciones).

A mayor adecuación entre carácter y estilo (con independencia de que se trate de caracteres y, como consecuencia, de estilos diferentes), el texto o el discurso resultará más agradable para el receptor: es lo que ocurre, por ejemplo, con Swift, Temple y Addison; por el contrario, el estilo que no coincide con el carácter del escritor (como en el caso de Lord Shaftesbury) se considera artificial. Esta estrecha vinculación entre estilo y carácter se trata, a juicio de Smith, de una cuestión cuyo origen está en los principios del «sentido común [...], fundamento de todas las reglas de criticismo y moralidad» (XI, p. 237).

La dimensión psicológica que Smith asigna al estilo se complementa con otras de carácter sociológico, histórico y político: en las abundantes explicaciones que ofrece el filósofo escocés sobre numerosos textos y/o discursos de diversos autores (tanto de la Antigüedad clásica como de los modernos) insiste en el condicionamiento que dichas circunstancias ejercen sobre la elaboración de cualquier tipo de texto: podemos ejemplificar estas cuestiones en las comparaciones que realiza entre los diferentes estilos de Esquines y Demóstenes, y entre el de Demóstenes con el de Cicerón (lección xxx).

A lo largo del siglo XVIII es perceptible un resurgimiento de la Retórica filosófica, apoyada en los nuevos principios de la Lógica y de la Psicología, impulsada tanto por los racionalistas franceses como por los empiristas escoceses que cuestionaban la Retórica normativa, excesivamente deudora de la autoridad de los clásicos: de hecho, muchos filósofos ingleses recomendaban que tanto los oradores como los escritores se expresaran con un estilo más natural y huyeran de un exceso de ornamentación. Quizá por

---

ese motivo algunos estudiosos han indicado que Adam Smith rechaza en su obra a los retóricos grecolatinos. Pero conviene matizar esta afirmación. En primer lugar, el filósofo escocés conocía bien a los autores clásicos, cuyas obras y rasgos característicos cita a menudo y compara con los de autores modernos (sobre todo ingleses), lo que no implica que se muestre siempre de acuerdo con los grecolatinos, aunque declara abiertamente su respeto por ellos: por ejemplo, cuando hace referencia a la triple división de la oratoria (demostrativa, deliberativa y judicial), indica: «Menciono estas divisiones de la retórica por reverencia hacia la Antigüedad, no porque tenga una alta consideración de la belleza y utilidad de la cosa misma» (xii, pp. 260-261). Pero también reconoce que «es necesaria la familiaridad con los libros antiguos» (xxix, p. 657) para entender el progreso de los pueblos modernos: dicho progreso es el que marca la superioridad de estos sobre el mundo clásico. En las tres últimas lecciones de la obra (que versan sobre retórica judicial) establece las diferencias entre los juristas modernos y los grecolatinos: partiendo de lo que él considera una gran ventaja de los tiempos modernos sobre los antiguos (palpable, por ejemplo, en la separación de poderes), defiende la superioridad de los oradores modernos por hallarse más y mejor preparados. Se centra en el caso de los jueces ingleses, cuyo progreso en el arte de la oratoria es perceptible en el cultivo del lenguaje y de un estilo «llano, nítido y claro» (xxx, p. 697).

Ya hemos comentado la razón por la que López Lloret ha decidido prescindir en su edición de la alusión a las *belles lettres*. Ciertamente, la mención que hace Smith a cuestiones de Poética es escasa: se trata, más bien, de comentarios sueltos que aparecen incluidos en lecciones dedicadas tanto a cuestiones lingüísticas como a otras propiamente retóricas. Debemos recordar, sin embargo, que durante los siglos xviii y xix las fronteras entre Retórica y Poética se hallaban muy difuminadas: muchos manuales de enseñanza integran ambas disciplinas sin que aparezcan claramente delimitados sus objetos; por ello consideramos acertada la opción de López Lloret al titular su traducción *Lecciones sobre retórica*, que precisa mejor la materia de estudio. Pero no queremos pasar por alto algunas consideraciones que hace Smith sobre temas de Poética: a esta disciplina dedica íntegramente la lección xxi, en la que trata —entre otros aspectos— de la forma poética, del relato ficticio, del drama y de las tres unidades (apunta López Lloret que Hugh Blair, según informa él mismo en su manual, tuvo acceso a esta lección).

Smith utiliza la conocida dicotomía horaciana (lo útil frente a lo deleitoso, o la conjunción de ambos) para establecer la diferencia entre diversos tipos de discursos o de escritos. Considera que el texto histórico ha de instruir y entretener al lector, mientras que el poema épico solo tiene la misión de entretenerlo (xvii, p. 359). Idéntico fin tiene la novela que —a diferencia del texto histórico— no tiene que demostrar la veracidad de los textos que narra (xvii, p. 360).

Aunque Smith no explicita en sus lecciones la triple clasificación tradicional de los géneros poéticos (lírico, narrativo y dramático) sí alude a ellos y los compara en algunos casos. Por ejemplo, en la lección xx trata de los progresos de la tragedia y de la novela en los tiempos modernos: mientras en la Antigüedad primaron los temas maravillosos (los preferidos por la gente ruda e inculta), la progresiva adquisición de conocimientos por parte de los hombres obliga a los escritores a elegir otros temas: «la representación de las acciones y pasiones que, por conmovir en sí mismas o por exhibir los delicados sentimientos del corazón humano, podrían resultar más cautivadoras» (p. 424).

Como ya hemos indicado, la lección xxi está dedicada íntegramente a cuestiones de poética. Comienza reconociendo la superioridad del verso sobre la prosa porque considera que el verso «es más difícil y, al mismo tiempo, muy superior en belleza y fuerza»; con su empleo «la finalidad del autor es entretenernos» (p. 444). Aunque se extiende algo

---

más en enumerar algunos rasgos de la poesía (concisión, armonía, posibilidad de usar más licencias...) concluye apelando a la experiencia del receptor para no tener que demostrar su superioridad sobre la prosa «pues cada uno de nosotros lo experimenta y el sentimiento común de la humanidad lo confirma suficientemente» (p. 446). En la lección XXIII vuelve a insistir en la diferencia entre poesía y prosa: opina que la poesía es anterior a la prosa y alcanzó su máximo nivel de perfección antes de que lo hiciera esta. Asimismo destaca la vinculación de la poesía con la música (especialmente con el canto) ya desde épocas primitivas. Nuevamente alude al carácter pragmático de la prosa frente a la dimensión deleitosa de la poesía: «La prosa es por naturaleza el lenguaje de los negocios y la poesía el del placer y el del entretenimiento» (p. 507).

Con respecto al controvertido tema de las tres unidades (que afectaba sobre todo al género dramático), no parece que Smith le conceda gran importancia: cree que no es imprescindible observar la unidad de lugar ni la de tiempo, aunque sí debe respetarse siempre la unidad de interés. Compara las composiciones épicas con las dramáticas cuya diferencia fundamental reside, a su juicio, en «la manera en la que conectan entre sí las escenas de acción»: en el caso del drama, las personas se presentan por sí mismas, mientras que en la épica están introducidas por el poeta (XXI, p. 451). Y califica a la tragicomedia de «producto monstruoso» por mezclar elementos trágicos y cómicos (p. 454).

A modo de recapitulación, podríamos considerar la obra retórica de Adam Smith como una compleja estructura arquitectónica que condensa variadas fórmulas: en efecto, sus ideas retóricas muestran una clara voluntad de conciliar propuestas de diversa índole y de diferente procedencia. A juicio de López Lloret, «constituyen una acabada síntesis del empirismo ilustrado escocés con la modernidad francesa y el clasicismo grecolatino» (p. 30). Estas *Lecciones sobre retórica* son, además, un compendio de historia de la retórica (tanto de la Antigüedad clásica como de la época moderna, especialmente en Inglaterra), así como un ejercicio de crítica sobre escritores y oradores, grecolatinos y modernos.

Partiendo de la Escuela de Edimburgo —de la que Adam Smith fue un miembro muy destacado—, parece que su marco de referencias se encuentra en Locke, aunque también se hace eco del escepticismo de Hume (en cuanto considera que la retórica sirve para efectuar un estudio empírico de la mente), pero asimismo es posible encontrar en sus lecciones la huella de Lord Shaftesbury, Addison y Hutcheson. Por otra parte, Smith conoció bien y admiró a los tratadistas y literatos franceses: Lamy, Rapin, Bouhours, Fenelon, Rollin, Du Bos, Batteux, Rousseau, Condillac o Girard. Y respecto a su postura en relación con la retórica grecolatina, López Lloret muestra con numerosos ejemplos la amplia presencia de la misma en el desarrollo de sus clases de retórica (por ejemplo, ciertos conceptos provenientes de Dionisio de Halicarnaso, Aristóteles, Demóstenes, Cicerón, la *Rhetorica ad Herennium*, Quintiliano...). En este sentido, opinamos que en estas *Lecciones de Retórica* Adam Smith realiza un complejo e interesante ejercicio de Retórica Comparada relacionando los estilos de los clásicos grecolatinos entre ellos, y también con diversos autores modernos, especialmente ingleses. En resumen, se trata de una obra hasta ahora poco conocida pero de innegable interés en cuanto resulta ser uno de los fundamentos básicos de la Retórica moderna que, gracias a la dedicación, los conocimientos y el buen hacer del profesor López Lloret llega ahora a nuestras manos.

María del Carmen GARCÍA TEJERA  
<https://orcid.org/0000-0002-2209-1586>

